

El ascenso de China desde la óptica de las Ciencias Políticas y Sociales: cuatro décadas desafiando premisas generalizadas

The rise of China under the lenses of Social and Political Sciences: four decades challenging widespread assumptions

Antonio José Pagan Sánchez

Universidad de Nankai

RESUMEN

Desde la implementación de la política de reforma y apertura por Deng Xiaoping en 1978, China ha experimentado una serie de rápidos cambios que la han convertido en una gran potencia con perspectivas de liderazgo global. Su ascenso no sólo ha abierto la posibilidad de que, por primera vez en los dos últimos siglos, un país no occidental pueda situarse de nuevo en la cima del orden internacional. Estos cambios en China durante las últimas cuatro décadas han refutado, además, un considerable número de premisas y argumentos sostenidos desde distintos ángulos de las ciencias políticas y sociales. En este sentido, este artículo analizará cómo el ascenso de China ha desafiado algunos de los principales paradigmas y teorías en los campos de las relaciones internacionales, la democratización y la globalización. El presente estudio concluye que las implicaciones multidimensionales del ascenso de China no fueron, en gran medida, anticipadas por algunas de las principales teorías de estas disciplinas.

PALABRAS CLAVE: ascenso de China, relaciones internacionales, globalización, democratización, debates académicos.

ABSTRACT

Since the implementation of the reform and opening-up policies by Deng Xiaoping in 1978, China has undergone a series of rapid changes that have

turned it into a great power with prospects for global leadership. Its rise has not only opened up the possibility that, for the first time in the last two centuries, a non-Western country could once again rise to the top of the international order. The changes in China over the past four decades have also refuted a considerable number of assumptions and arguments held from different angles of the social and political sciences. This paper will analyze how the rise of China has debunked some of the main paradigms and theories in the field of International Relations, democratization, and globalization. The present study concludes that the multidimensional implications of China's rise were not, to a large extent, anticipated by some of the mainstream theories of these disciplines.

KEY WORDS: rise of China, international relations, globalization, democratization, academic debates.

El ascenso de China ha recibido una gran atención por parte del mundo académico. ¿Puede China ascender pacíficamente? ¿Es sostenible el modelo chino de desarrollo a largo plazo? ¿Puede su modelo político ser replicado en terceros países? ¿Está China satisfecha con el statu quo internacional o intentará por el contrario transformarlo? Éstas son solo algunas de las preguntas más frecuentes que están siendo actualmente debatidas en los círculos académicos. Y en efecto, la respuesta a estas preguntas tendrá un impacto remarcable no sólo en la literatura académica de las ciencias políticas y sociales, sino también en el mismísimo desarrollo histórico del siglo XXI. Sin embargo, no es infrecuente el realizar predicciones atrevidas sobre el desarrollo de los acontecimientos futuros que finalmente no llegan a materializarse.

En 1953, el filósofo británico Isaiah Berlin publicó el libro *El erizo y el zorro*, en el que clasificaba a los anteriores pensadores universales en dos categorías: los erizos, que meramente percibían el mundo a través de una única idea o noción, y los zorros, que rechazaban ver el mundo únicamente a través de una idea predefinida, y que preferían adoptar una visión del mundo mucho más ecléctica. Este ensayo inspiró al profesor estadounidense de política internacional Daniel W. Drezner (2005), quien recurrió a la idea de los erizos y los zorros para responder una pregunta recurrente en el ámbito de las relaciones internacionales: ¿por qué a menudo fracasamos a la hora de predecir acontecimientos políticos cruciales? Los erizos, argumentó el autor, están menos preparados para realizar predicciones efectivas, en tanto se adhieren a una gran idea que pretende explicarlo todo en un mundo complejo y cambiante, mientras que la flexibilidad de los zorros les hace ser escépticos de las grandes

explicaciones y por tanto menos deterministas, incrementando la posibilidad de que consigan mejores predicciones. Y en este sentido, como este artículo mostrará, China es un ejemplo paradigmático de cómo la extrapolación de grandes teorías y paradigmas existentes a terceros países no siempre acaba cumpliendo las expectativas teóricas de los autores. En algunos casos, esto podría llevar incluso a políticas equivocadas que, al estar basadas en suposiciones erróneas, acaban imposibilitando la consecución de sus objetivos iniciales. Los casos más obvios los proporcionan el paradigma liberal de las relaciones internacionales y las teorías de la democratización.

Este artículo tiene como objetivo proporcionar un análisis exploratorio de aquellas teorías en los campos de las ciencias políticas y sociales que han sido desafiadas por las implicaciones multidimensionales del ascenso de China durante las últimas cuatro décadas. La estructura del artículo es la siguiente. Primero, comienza explicando la evolución de los dos principales paradigmas de las relaciones internacionales (realismo y liberalismo), así como su incapacidad de ofrecer una explicación de aquellos eventos que, durante la década de 1980, acabarían desembocando en el fin de la Guerra Fría y allanando el terreno para el surgimiento de nuevos paradigmas en la disciplina. Esta sección también explorará hasta qué punto esos paradigmas pueden aportar una explicación satisfactoria de las tendencias actuales en la relación entre China y Occidente. Posteriormente, el artículo discutirá las fallas en las teorías de la democratización en lo relativo a proporcionar una explicación persuasiva sobre la evolución política de China. Esta sección también discutirá “El Fin de la Historia” de Francis Fukuyama. La tercera sección tratará las implicaciones internacionales de la globalización, haciendo hincapié en cómo ésta, contra todo pronóstico, ha conseguido empoderar a países que no pertenecían históricamente al Primer Mundo, siendo China su caso más paradigmático. Finalmente, la conclusión aportará las principales ideas discutidas a lo largo del artículo.

EL FIN DE LA GUERRA FRÍA, EL ASCENSO DE CHINA Y LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Septiembre de 1945. El Imperio del Japón se rinde a los Aliados y la II Guerra Mundial llega a su fin. Hitler, por su parte, ya se había suicidado en Berlín días antes de la rendición alemana a comienzos de mayo de ese mismo año. Docenas de millones de personas habían muerto en el conflicto militar más mortífero que la humanidad había presenciado. Tras el final de la guerra, el sistema internacional no se caracterizaría precisamente por la tranquilidad y la

coexistencia pacífica: emergió un sistema bipolar en el que Estados Unidos y la Unión Soviética fueron rivales ideológicos, asistiendo al retorno del juego político entre grandes potencias. La aproximación idealista a la política internacional fue culpada del estallido de la II Guerra Mundial: según la escuela realista, había pasado por alto la naturaleza humana y no había prestado demasiada atención a la amenaza que había supuesto la Alemania Nazi, el Imperio del Japón y la Italia fascista. Por tanto, y dada la situación política de posguerra, caracterizada por el comienzo de la Guerra Fría, no resulta sorprendente que el realismo fuera el paradigma líder de las Relaciones Internacionales durante las décadas posteriores.

El autor más importante entre la generación de académicos realistas de posguerra (conocidos como realistas clásicos) fue Hans Morgenthau. En su libro *Política entre las naciones* (1948) se marcó como objetivo avanzar en el desarrollo de una teoría de las relaciones internacionales, intentando elaborar una teoría realista sobre la política internacional. El momento histórico era propicio para el desarrollo de la teoría realista, en tanto la Guerra Fría parecía reflejar el profundo efecto del carácter anárquico del sistema internacional en la relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, cada vez más equiparable con un juego de suma cero. De hecho, el realismo clásico enfatizó el impacto de la naturaleza humana en el sistema internacional, con una visión pesimista sobre él, y también prestó atención a la influencia de la política doméstica y regional en el ámbito de las relaciones internacionales. Estos dos elementos fueron minusvalorados por los neorrealistas, que se centraron principalmente en las limitaciones estructurales afrontadas por los estados (principalmente la anarquía del sistema internacional) y consideraron que la política doméstica no era un factor crucial a la hora de determinar el comportamiento internacional de los estados.

En la década de 1970 un nuevo grupo emergió dentro de la escuela realista: el neorrealismo, también conocido como realismo estructural. La principal innovación del neorrealismo en comparación con el realismo clásico es su énfasis en la necesidad de una aproximación científica al estudio de las relaciones internacionales. O en otras palabras, se percibía que Hans Morgenthau había fallado en su compromiso de reunir todo el pensamiento del realismo clásico en una teoría general de las relaciones internacionales. La publicación de *Teoría de la Política Internacional* de Kenneth Waltz (1979) marcó el comienzo del neorrealismo, así como su intención de proporcionar una teoría general de las relaciones internacionales desde una perspectiva más científica. Los neorrealistas se centraron en unas pocas ideas clave tales como anarquía, estado, poder y

capacidades materiales con el objetivo de intentar explicar las continuidades básicas a nivel internacional, incluso aunque ello supusiera pagar el precio de minusvalorar la posibilidad de la existencia de cambios y transformaciones que fueran más allá de dichas continuidades. Esto no resulta sorprendente, en tanto la Historia fue frecuentemente pasada por alto y era meramente usada para realizar afirmaciones sobre supuestas normas generales del sistema internacional que en teoría habían existido durante siglos.

El realismo no fue el único paradigma de las Relaciones Internacionales que experimentó una evolución en sus reclamos teóricos. El institucionalismo neoliberal estaba en una buena posición para explicar la aparición de nuevos actores no estatales, y combinaba su foco en la integración regional y la interdependencia económica con una creciente atención sobre el papel de las organizaciones internacionales. La publicación más importante de la escuela institucionalista neoliberal fue el libro *Poder e Interdependencia* de Robert Keohane y Joseph Nye (1977), quienes afirmaron que hay un gran margen para la cooperación internacional, así como que las instituciones internacionales son capaces de impactar sobre el comportamiento internacional de los estados. Como consecuencia, se sostenía que un mundo más pacífico era posible. Una vez que China adoptó su política de reforma y apertura en 1978, parecía que el paradigma neoliberal estaba en lo cierto, y que la cooperación internacional era posible y sostenible a largo plazo.

Neorrealistas e institucionalistas neoliberales convergerían finalmente en lo que se ha conocido como la *síntesis neo-neo*. Al fin y al cabo, ambos paradigmas hacen uso de una metodología positivista, enfatizan la naturaleza inmutable de la anarquía en el sistema internacional y minusvaloran el papel de la historia en la política internacional. Y, por encima de todo, ambos eran abiertamente materialistas, sugiriendo que “los objetos materiales (arsenales militares, montañas, gente, petróleo, etc.) tienen un efecto directo en los resultados que no está mediado por las ideas que la gente les confiere” (Hurd, 2010: 300). Estos dos paradigmas parecían muy bien posicionados para explicar las dinámicas de las relaciones internacionales... hasta que el mundo cambió repentinamente entre 1985 y 1991.

25 de diciembre de 1991. Mijaíl Gorbachov anuncia su dimisión como presidente de la Unión Soviética, un país que ya ni siquiera existía. Ese mismo día, la bandera roja con la hoz y el martillo era sustituida en la Plaza Roja de Moscú por la bandera tricolor de la Federación Rusa. Un acontecimiento internacional crucial que, sin embargo, no había sido previsto por los dos paradigmas

dominantes de las Relaciones Internacionales. Su enfoque en conceptos tales como estado, anarquía, soberanía, autoridad y territorio resultaba inadecuado para explicar el fin del mundo bipolar y de la Guerra Fría, y resultó cada vez más evidente que la disciplina de las Relaciones Internacionales estaba afrontando un desafío tanto en su teoría como en sus premisas. En el momento de su colapso, el poder militar de la Unión Soviética, incluyendo su disuasión nuclear, permanecía intacto. Pero tal y como Amitav Acharya y Barry Buzan (2019: 233) han afirmado, “la implosión de la Unión Soviética tuvo que ver tanto o más con el colapso de una idea que con un cambio en las circunstancias materiales”. Un colapso en términos de ideas que no podía ser explicado por el realismo y el liberalismo, dos enfoques manifiestamente materialistas sobre las relaciones internacionales, allanando por tanto el camino para el surgimiento de nuevos paradigmas como el constructivismo, la teoría crítica y el feminismo.

Por su parte, el ascenso de China y sus implicaciones también han desafiado algunas premisas teóricas incrustadas en los paradigmas realista y liberal. En primer lugar, tal y como ya se ha mencionado anteriormente, el neorealismo tiende a rechazar el papel de las ideas en el comportamiento internacional de los estados. Los desafíos empíricos a este enfoque no son nuevos, sin embargo: la influencia de las ideas en el comportamiento internacional de los estados ya estaba claramente de manifiesto durante la presidencia de Mijaíl Gorbachov en la Unión Soviética. Desde la fundación del país en 1922 hasta la llegada del último líder soviético, la visión del mundo de Moscú consistía en la percepción determinista de la historia de Karl Marx y Friedrich Engels, según la cual la lucha de clases era el motor de la historia (Griffiths y Imre, 2013: xvii). Esta percepción había afectado negativamente a las perspectivas de colaboración entre la Unión Soviética y el Occidente liberal durante décadas. Pero el *Nuevo Pensamiento* de Mijaíl Gorbachov rechazó la idea marxista-leninista de un mundo dividido en dos campos antagonistas, así como la visión de unas relaciones internacionales meramente como un juego de suma cero (Dallin, 1992: 72). Actualmente, este papel de las ideas emerge de nuevo para generar una política de “nuevo pensamiento” inaugurada por el anterior presidente estadounidense Donald Trump. Pero esta vez, el “nuevo pensamiento” se centra en China, y es manifiestamente pesimista. Esta nueva atmósfera ideológica se puso de manifiesto durante un discurso del anterior Secretario de Estado Michael Pompeo (2020), en el cual argumentó que Estados Unidos debería ser más duro con China porque los 50 años anteriores de cooperación bilateral habían fracasado, y que la ideología de los líderes chinos contenía “décadas de deseo de hegemonía mundial del comunismo chino”. Y aunque a día de hoy se espera que

la política de Joe Biden hacia China sea más racional que la de Donald Trump, una de sus principales declaraciones abogando por la unión de las democracias liberales frente al ascenso de China mostró que el nuevo impacto de las ideas en la relación bilateral entre Estados Unidos y China continuará en el futuro inmediato.

Ciertamente, podría afirmarse que es la estructura del sistema internacional, caracterizada recientemente por una posible situación de transición de poder a favor de China y en detrimento de Estados Unidos, *el* factor que podría estar detrás de la nueva tendencia en su relación bilateral. Sin embargo, tal y como demuestra la historia, no todas las situaciones de transición de poder desencadenan profundas rivalidades sistémicas entre la potencia ascendente y la descendente. El Reino Unido y los Estados Unidos consiguieron mantener la paz durante su transición de poder entre finales del siglo XIX y comienzos del XX gracias a su homogeneidad cultural e identidad compartida (Feng, 2006). Además, en la década de 1980 se creía ampliamente que Japón, un país con unos valores culturales muy distintos, acabaría superando a Estados Unidos como la mayor potencia económica mundial. El profesor de Harvard Ezra Vogel (1979) llegaría incluso a animar a las autoridades políticas y a los ciudadanos estadounidenses a aprender de Japón, en tanto se esperaba que el país se convirtiera en el “número uno”. Pero la proximidad ideológica entre Washington y Tokio evitó que su relación bilateral se tornara tan tensa como la relación actual entre Washington y Pekín. De hecho, Ronald Reagan llegó incluso a animar a Japón a participar en la estrategia estadounidense contra Moscú (Rodao, 2019: 106), que era percibida como el más acuciante desafío del momento, a pesar de que ya estaba claro por aquel entonces que la Unión Soviética no estaba en disposición de superar las capacidades materiales de Estados Unidos.

Por otro lado, las implicaciones del ascenso de China también han desafiado las premisas neorrealistas según las cuales la política doméstica es incapaz de impactar en el comportamiento internacional de los estados, que estaría determinado por el sistema internacional. De hecho, John Mearsheimer (2001: 17), uno de los académicos más renombrados de la escuela neorrealista, ha argumentado que “el comportamiento de las grandes potencias está influenciado principalmente por su ambiente externo, y no por sus características internas. La estructura del sistema internacional, con el cual deben lidiar todos los estados, da forma en gran medida a las políticas exteriores de éstos”. Sin embargo, esta afirmación ha sido refutada por la evolución de las perspectivas del Occidente liberal sobre China (que podría ser más fácilmente entendida a través de una

óptica constructivista) y, aún más importante, por las diferentes posturas adoptadas por los países europeos, los cuales se relacionan con China de maneras muy distintas a pesar de estar todos situados en la misma región y sometidos a las mismas presiones estructurales internacionales. Esto ha supuesto, de hecho, un dolor de cabeza para los -hasta ahora sin éxito- intentos de Estados Unidos de crear una postura común frente a algunas iniciativas chinas: mientras que algunos aliados de Europa Occidental de Washington como Alemania, Reino Unido, Francia y España han rechazado sumarse a la Nueva Ruta de la Seda, otros como Italia y Portugal han optado por la postura contraria, y sus respuestas divergentes son incluso más confusas en la posible adopción de la tecnología 5G de Huawei en contra de las presiones de su aliado estadounidense (Pagán Sánchez, 2020).

Finalmente, la actual tendencia negativa de la relación entre Estados Unidos y China ha refutado la visión optimista según la cual la interdependencia económica empujará a las relaciones diplomáticas hacia un camino más cooperativo. La esperanza de unas relaciones pacíficas entre dos países sobre la base de la interdependencia económica no es algo nuevo. Hace más de 200 años, Immanuel Kant esbozó la posibilidad de una paz perpetua favorecida, entre otros aspectos, por la interdependencia y el comercio. Tomando a los habitantes en el Ártico como caso de análisis, el filósofo argumentó que “fue el comercio lo primero que les llevó a mantener relaciones pacíficas entre sí y, por tanto, a establecer relaciones basadas en el consentimiento mutuo, la comunidad y las interacciones pacíficas incluso con pueblos remotos” (2006 [1795]: 88). El paradigma liberal de las Relaciones Internacionales se haría eco posteriormente del optimismo de Kant hacia la posibilidad de lograr un mundo más pacífico. Académicos liberales como Daniel Deudney y G. John Ikenberry (1990: 190) han afirmado que “el capitalismo avanzado crea altas perspectivas de ganancias absolutas que llevan a los estados a intentar mitigar la anarquía entre ellos para evitar tener que perseguir ganancias relativas”.

Sin embargo, durante los últimos años estamos paradójicamente presenciando cómo la interdependencia económica está incrementando el nivel de conflicto entre Estados Unidos y China. Su relación bilateral está lejos de la posibilidad de escalar hasta una guerra caliente, pero tampoco se caracteriza precisamente por la armonía. La situación se deterioró drásticamente en 2018, cuando Donald Trump decidió empezar una guerra comercial con China debido al supuesto desequilibrio en su relación comercial, y rápidamente escaló hasta un conflicto político más amplio, incluyendo las presiones contra las compañías tecnológicas chinas (especialmente Huawei y ZTE) y la pronunciación de ciertos discursos

ideológicos que recuerdan al espíritu de la Guerra Fría. Los pensadores liberales también tienden a argumentar que a los estados les importan más las ganancias absolutas que las relativas, y que por consiguiente las relaciones entre estados son un juego de suma positiva y no uno de suma cero (Viotti y Kauppi, 2012: 131). No obstante, la negativa evolución de la relación entre Washington y Pekín durante los últimos tres años certifica que, frente a las premisas liberales, en algunas circunstancias los estados no sólo se preocupan de las ganancias absolutas, sino también de las relativas, por lo que una relación económica mutuamente beneficiosa podría verse dañada si una de las dos partes percibe que ésta está siendo más positiva para la otra parte. En un posible momento de transición de poder entre dos grandes potencias, esta preocupación se hace aún más acuciante, en tanto la potencia hegemónica (Estados Unidos) podría estar socavando su propia posición internacional y reforzando la de la potencia en ascenso (China) a través del sostenimiento de una relación desigual.

TEORÍAS DE LA DEMOCRATIZACIÓN: EL DEBATE AGENCIA-ESTRUCTURA

El debate agencia-estructura está en el centro de los grandes debates de las Relaciones Internacionales: ¿hasta qué punto está el comportamiento de los estados determinado por la estructura del sistema internacional? ¿Cuál es el margen de maniobra de los actores políticos a la vista de la estructura anárquica del sistema internacional? La respuesta a estas preguntas trae consigo implicaciones formidables para el modo en que percibimos las perspectivas futuras de conflicto, cooperación y paz. Y por otro lado, este debate también está en el centro de una de las áreas de investigación que ha despertado más atención en el campo de las ciencias políticas: los estudios sobre democratización.

Los primeros estudios sobre democratización tenían una marcada perspectiva estructuralista. El trabajo clásico en este asunto es *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, de Barrington Moore (1966). En el libro, el autor explica el papel que tanto los señores como los campesinos tuvieron en los procesos históricos que culminaron en tres resultados radicalmente distintos: democracia, fascismo y socialismo. El autor deja claro que un factor clave que traerá la democracia y permitirá su continuidad a largo plazo es la existencia de una clase burguesa fuerte: en aquellos países en los que la burguesía era débil y había una fuerte clase campesina, la primera era derrotada por la segunda y por consiguiente se producía la adopción del socialismo, mientras que en aquellos países en los que había una clase burguesa débil y una clase aristócrata fuerte, ambos grupos

sociales establecían una alianza que daría lugar al ascenso del fascismo. En este sentido, Barrington Moore ofreció una explicación un tanto determinista y estructuralista de la democratización, en la que ciertos tipos de estructuras de clase y coaliciones sociales eran prerrequisitos clave para la democracia.

El excesivo énfasis en el papel de las estructuras estaría presente hasta la década de 1970 en la literatura tradicional sobre la democratización. En defensa de este enfoque se podría decir que una explicación sobre la democratización que meramente se basa en las acciones de los actores políticos tendrá la desventaja obvia de ser excesivamente voluntarista, ignorando los obstáculos que dichos actores tendrían que afrontar y sobreestimando su grado de libertad de elección. Como Karl Marx (2006 [1852]: 8) afirmó en su día, “el hombre hace su propia historia, pero no la hace de la nada; no la hace a partir de condiciones elegidas por él mismo, sino a partir de las que encuentra a su alcance”. O en otras palabras, un estudio sobre la democratización que únicamente se centre en los actores políticos y pase por alto las limitaciones estructurales que éstos afrontaron tan sólo podrá ofrecer un análisis incompleto de la situación. Sin embargo, este problema también se produce cuando el enfoque de un estudio es completamente el opuesto: centrarse en la estructura mientras se ignoran los intereses, influencia y voluntad de los actores políticos de presionar en favor -o en contra- de la democratización. Las publicaciones académicas que predijeron la adopción de la democracia liberal en China en el corto plazo son un buen ejemplo de ello.

La obra más famosa acerca de la inevitabilidad de la adopción de la democracia liberal y la economía de libre mercado es el libro de Francis Fukuyama *El Fin de la Historia y el Último Hombre* (1992), publicado a raíz del contexto global tras el fin de la Guerra Fría en el cual ambos elementos del orden liberal internacional parecían ser el único camino factible de desarrollo para traer progreso a la humanidad. Tres años antes de la publicación del libro, Francis Fukuyama afirmó que “el siglo que comenzó lleno de confianza en el triunfo final de la democracia liberal occidental parece estar cerrando el círculo hacia donde comenzó: no hacia un “fin de la ideología” o una convergencia entre el capitalismo y el socialismo, como se predijo anteriormente, sino hacia una victoria descarada del liberalismo económico y político”. Además, en vistas a la política de reforma y apertura implementada en China desde 1978, Fukuyama afirmó que “cualquiera que esté familiarizado con la perspectiva y el comportamiento de la nueva élite tecnocrática que ahora gobierna China sabe que el marxismo y los principios ideológicos se han vuelto prácticamente irrelevantes como guías para la política, y que el consumismo burgués tiene un

significado real en ese país por primera vez desde la revolución” (1989: 3-11). Sin embargo, estas dos afirmaciones estaban basadas en dos suposiciones que el paso de los años acabó demostrando erradas. La primera de ellas consistía en la confianza en que la estructura del sistema internacional en un determinado momento¹ podría impactar en regímenes no democráticos independientemente de la voluntad de sus líderes políticos de mantener el statu quo. La segunda, por su parte, no era sino la percepción de la reforma económica en China como un camino que llevaría finalmente al abandono de sus principios ideológicos domésticos.

De hecho, esta última percepción errónea ha aparecido de manera recurrente en análisis académicos centrados en el proceso de reforma en China. Se afirmaba a menudo que la principal diferencia entre la reforma en China y en otros países poscomunistas era su aproximación gradualista, contraria a la *terapia de shock* que fue aplicada en Rusia, pero asumiendo que finalmente acabaría arrojando el mismo resultado: el abandono del modelo de desarrollo socialista (Lin 2006: 18). Sin embargo, los líderes chinos siempre han hecho público su compromiso con el mantenimiento del socialismo con características chinas, el cual obviamente implica la preservación del liderazgo del Partido Comunista de China bajo un régimen de partido único.

Además de la perspectiva estructuralista sobre la adopción de la democracia desde el punto de vista del contexto internacional, el enfoque que establece una relación causal entre el crecimiento económico y la democratización también ha recibido una amplia atención durante las últimas décadas. Según esta aproximación estructuralista, el crecimiento económico implica la expansión de la clase media, que llegado el momento demandará más derechos políticos y allanará el camino para la adopción de la democracia liberal. Esta perspectiva no es nueva. Hace más de medio siglo. Seymour Martin Lipset relacionó el desarrollo económico con la democracia, afirmando que “cuanto más acomodada es una nación, más posibilidades tiene de mantener la democracia” (1959: 75).

Desde entonces, otros académicos han abordado el desarrollo económico como una variable independiente que mantiene una relación causal con la democratización. De este modo, es posible encontrar publicaciones académicas recientes que comparten esta premisa con décadas de antigüedad. Por ejemplo, Julian Wucherpfennig y Franziska Deutsch (2009) han defendido el argumento

¹ Este período inmediatamente posterior al fin de la Guerra Fría se conocería posteriormente como el “momento unipolar”, caracterizado por el incontestable liderazgo hegemónico de Estados Unidos.

central de Lipset según el cual el desarrollo económico conduce a la adopción de la democracia liberal. Ronald Inglehart y Christian Welzel (2009) van incluso más allá, afirmando que “la modernización trae la democracia”, y que por consiguiente el ascenso de China y Rusia no debería ser un asunto de preocupación para los países democráticos. Según estos dos autores, la modernización económica de ambos países ha desatado dinámicas hasta tal punto que “es poco probable que no funcionen a largo plazo”. Esta perspectiva era, de hecho, el principio rector de la relación colaborativa de Estados Unidos con China desde que Beijing se abrió al resto del mundo: cooperar económicamente con China para que su sociedad sea más rica y, por tanto, conseguir que el país sea más similar a las naciones democráticas tanto en términos políticos como ideológicos. Pero el problema de este enfoque radica en dos aspectos. Primero, da por hecho que las demandas sociales para una sociedad más abierta van a existir. Y segundo, pasa por alto la voluntad y la obstinación de los líderes políticos para mantener el régimen político existente, incluso a pesar de los costes económicos que su decisión pudiera suponer. Como consecuencia, en base a una -por ahora- suposición errónea, la cooperación económica de Estados Unidos con China no ha hecho que ésta sea más receptiva a las ideas liberales y democráticas, sino que por el contrario, ha convertido en más rico y poderoso a un país con unos valores políticos completamente distintos, que ya está socavando la posición internacional de Estados Unidos y que podría, en el medio o largo plazo, suponer un desafío para los principios ideológicos del orden liberal internacional liderado por Estados Unidos.

A diferencia de los enfoques estructuralistas sobre la democratización, cada vez resulta más claro que el papel de los agentes políticos debe ser incluido en el análisis. La existencia de experiencias democráticas previas, la fortaleza de las fuerzas de la oposición, la voluntad de la élite gobernante de permanecer en el poder y la naturaleza de los regímenes no democráticos, por mencionar sólo algunas, son factores que también merecen ser tenidos en cuenta en los estudios sobre democratización, y que van mucho más allá del papel de una estructura existente, ya sea el desarrollo económico o la polaridad del sistema internacional. Así, una de las obras más conocidas que toma en consideración la agencia de los actores políticos es el libro *Problemas de la transición y la consolidación democráticas* (1995). La obra no sólo tiene en cuenta la preexistencia de factores como el estado de derecho, las fuerzas de oposición y el pluralismo social, político y económico, sino que también se centra en las distintas opciones que los actores políticos tienen dependiendo de la naturaleza de los regímenes políticos no democráticos, en tanto algunos regímenes como el autoritario e incluso el

posttotalitario son más propicios a la democracia que otro, como el totalitario y el sultanista.

En este sentido, podría decirse que la democratización es una cuestión de oportunidad histórica, en la que los actores políticos pueden ejercer un impacto sobre los resultados políticos. O en otras palabras, tal y como Adam Przeworski y Fernando Limongi han afirmado famosamente, “los protagonistas de las luchas por la democracia no podían creer, ni creían, que el destino de sus países estuviera determinado por los niveles actuales de desarrollo o por el pasado lejano. [...] la democratización fue un resultado de acciones, no sólo de condiciones” (1997: 176). De hecho, ambos autores argumentan que el desarrollo económico podría ayudar a sobrevivir a los regímenes democráticos, pero que no hay relación causal que vincule el desarrollo económico con la democratización. Las implicaciones de este argumento son claras: el desarrollo económico no necesariamente socava los regímenes no democráticos.

Sin embargo, esto no significa negar la influencia de las estructuras existentes en las probabilidades de la adopción de la democracia. El desarrollo y la modernización importan, y llegado el momento pueden incrementar la presión sobre líderes no democráticos, forzándolos a afrontar profundos cambios sociales producidos por el crecimiento económico. Pero estos líderes también tienen agencia, y por tanto su voluntad de resistir dichos cambios y de mantener el régimen existente también deberían entrar en la ecuación (Thompson, 2019: 8). En el caso de China, los líderes políticos posteriores a la muerte de Mao Zedong en 1976 han conseguido crear dos nuevas fuentes de legitimidad, en tanto la revolucionaria ya no era sostenible. La primera de ellas es el nacionalismo, convirtiendo a China en un país más poderoso que puede resarcirse del siglo de humillación (1839-1949). La segunda es el crecimiento económico, haciendo que los ciudadanos chinos sean cada vez más ricos y por tanto estén menos dispuestos a pronunciarse en contra del liderazgo del Partido Comunista de China. Esta combinación, junto con el control político, refleja las aspiraciones de los líderes políticos chinos de mantener el régimen político existente, hasta el punto de que China es, a día de hoy, un caso de estudio que desafía los anteriores enfoques estructuralistas sobre la democratización.

GLOBALIZACIÓN: EL TSUNAMI QUE ACABÓ SIENDO UN RÍO

La globalización puede ser descrita de forma aséptica como un “proceso planetario que implica una liquidez creciente y flujos multidireccionales crecientes, así como las estructuras que éstos encuentran y crean” (Ritzer y

Dean, 2019: 2). Pero, en la práctica, es un elemento controvertido capaz de despertar reacciones opuestas en los círculos políticos, y que es criticada por una parte de los movimientos sociales occidentales. Mientras que algunos políticos resaltan su capacidad de fomentar el crecimiento económico y promover las interacciones humanas entre individuos de distintas partes del mundo, otros afirman que podría suponer una amenaza para los modos de vida tradicionales y la mismísima existencia del estado-nación, o desde un enfoque político distinto, exacerbar las desigualdades económicas globales y convertirse en una herramienta de dominación occidental. Estas preocupaciones también han sido abordadas por la literatura académica sobre la globalización.

Quizás la obra crítica sobre la globalización más conocida sea el libro *Imperio*, de Michael Hardt y Antonio Negri (2000). Según estos autores, el proceso globalizador puede ser equiparado con un nuevo imperio global que refuerza la dominación internacional de Occidente a lo largo de los cinco continentes. Las transformaciones traídas por la globalización en los aspectos económico y cultural podrían extender la explotación occidental de un modo distinto al de la expansión capitalista e imperialista de los siglos anteriores, dado que podría suponer un reto descentralizado y no militar para ciertos elementos cruciales tales como la soberanía y la nación, a través de la erosión de identidades y el empoderamiento de corporaciones transnacionales. Esta visión, de hecho, puede ser vista como la evolución del *sistema-mundo* de Immanuel Wallerstein, que podría ser sintetizado como “una división multicultural de trabajo territorial en la que la producción e intercambio de productos básicos y materias primas es necesaria para la vida cotidiana de sus habitantes” (Chase-Dunn y Grimes, 1995: 389). Este sistema dominó la economía mundial entre el siglo XVI y la primera mitad del XX, integrando varias regiones centrales que intercambiaron servicios y productos manufacturados a cambio de mano de obra barata y materias primas producidas en las colonias y las regiones periféricas. La riqueza se acumulaba en el centro del sistema, las metrópolis occidentales, y era expropiada de las áreas más pobres.

Además, la globalización ha sido a menudo descrita como un proceso entrelazado con la *americanización*, que puede definirse como “la importación por parte de no-estadounidenses de productos, imágenes, tecnologías, prácticas y comportamiento que están estrechamente asociados con Estados Unidos / los estadounidenses” (Ritzer y Dean, 2015: 457). Este proceso es a veces también llamado *McDonaldización*. El antiguo Secretario de Estado de los Estados Unidos Henry Kissinger (1999) llegó a afirmar en una ocasión que “la globalización es realmente otro nombre del papel dominante de los Estados Unidos”. Esta frase,

no obstante, debe enmarcarse dentro del contexto internacional del momento, en el que Estados Unidos había surgido como el ganador incontestable de la Guerra Fría, convirtiéndose en el actor hegemónico del nuevo sistema unipolar. En tales circunstancias, la expansión de sus valores políticos e ideológicos al resto del mundo parecía tan sólo cuestión de tiempo, lo que incluyó incluso el recurso a medios militares para imponerlos en países no democráticos de Oriente Medio. Un empeño que finalmente fracasaría, ya que tal y como John Mearsheimer (2018) ha afirmado, ideologías universalistas como el liberalismo y el marxismo son como norma general derrotadas cuando entran en colisión con la ideología particularista del nacionalismo. Sin embargo, esta posibilidad aún no se contemplaba a comienzos de la década de los 2000, en la que se produjo una proliferación de análisis que relacionaban la globalización con la expansión del modo de vida estadounidense y la erosión de las manifestaciones culturales locales (Ritzer y Stillman 2003; Antonio y Bonanno 2000; Taylor 2000).

La representación de la globalización como un nuevo imperio, o como una herramienta para extender los valores ideológicos de Estados Unidos al resto del mundo, podría ser equiparada con un tsunami que refuerza la dominación occidental sobre el resto del mundo y que destruye la cultura y la idiosincrasia de las regiones periféricas. Sin embargo, y desde una mirada retrospectiva, a día de hoy podemos afirmar con rotundidad que dichos temores no se han acabado materializando. Ha sucedido más bien lo contrario, de hecho. La globalización ha empoderado a los países emergentes -especialmente en Asia- que fueron en su día considerados como parte de la periferia, y ha distado mucho de ser un tsunami que ha arrasado con la cultura local de éstos.

25 de junio de 1950. La República Popular Democrática de Corea, popularmente conocida como Corea del Norte, invade su homólogo del sur, marcando el comienzo de un conflicto militar que se extendería por un período de tres años y que provocaría la muerte de cinco millones de personas. La Guerra de Corea (1950-1953) representó el primer conflicto de la Guerra Fría, y en ese contexto, Japón pasó de ser un enemigo derrotado con un futuro incierto a un actor clave en el mantenimiento de la posición internacional de Estados Unidos en Asia Oriental. El país asiático se convirtió en suministrador del ejército estadounidense durante sus operaciones en Corea, comenzando un período de recuperación económica que se vería posteriormente reforzado por su profunda cooperación con Washington y la *doctrina Yoshida*, que enfatizaba el desarrollo económico combinado con una política exterior de perfil bajo y subordinada a los Estados Unidos.

El milagro económico japonés, marcado por un crecimiento económico sostenido desde el final de la II Guerra Mundial hasta la década de 1990, trajo consigo sus propias implicaciones para el resto de los países de Asia Oriental y el Sudeste Asiático. La región experimentaría un patrón de crecimiento económico durante las décadas posteriores proporcionado por el llamado *paradigma de las ocas voladoras*, acuñado por el académico japonés Kaname Akamatsu (1962). Este concepto hace referencia a la cambiante división de labor entre economías vecinas, que fomenta el desarrollo de éstas a través de la deslocalización de algunas partes de las cadenas de producción. Una economía se volvía menos competitiva en la producción de productos de bajo valor añadido cuando los salarios subían, y entonces esos procesos económicos “volaban” como ocas hacia otros países en la región. Los primeros beneficiarios de este sistema serían los Cuatro Tigres Asiáticos (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán), pero una vez que China se abrió al mundo en 1978 consiguió situarse en el centro de este paradigma, provocando un punto de inflexión en la economía global y en el campo de las relaciones internacionales.

El ascenso de China a la cima del sistema internacional no hubiera sido posible sin la globalización y la deslocalización de cadenas globales de producción, que generaron nuevas oportunidades económicas en el país y mejoraron el nivel de vida de la población, aunque teniendo que pagar como precio el aumento de las desigualdades sociales. Actualmente, China es miembro del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial, dos instituciones en las que la hegemonía occidental todavía pervive, y su ingreso en la Organización Mundial del Comercio (OMC), apoyado por Estados Unidos, le granjeó la posición de potencia exportadora mundial. Como resultado de la apertura de China al resto del mundo y a la globalización, su PIB se multiplicó por 40, pasando de 293.000 millones de dólares en 1978 a 11 billones en 2019 (World Bank, 2019). Además, China consiguió sacar de la pobreza a 740 millones de habitantes rurales de la pobreza entre 1978 y 2017 según datos oficiales, una caída del 94,4% (Xinhua, 2018).

Lejos de ser una herramienta de dominación occidental, la globalización ha traído consigo el ascenso de Asia Oriental y el declive relativo de Occidente: el centro de la economía mundial ya no es el Océano Atlántico, sino el Pacífico. Esta situación se ha materializado en Occidente en forma de deslocalización industrial, cierre de empresas y pérdida de puestos de trabajo. No es sorprendente que el candidato proteccionista Donald Trump se convirtiera en ganador de las elecciones presidenciales estadounidenses del año 2016 tras su victoria en el llamado “cinturón del óxido”, y que partidos políticos con similares

propuestas ideológicas hayan cobrado impulso en Europa durante los últimos años. Esta situación, junto con el ascenso de fuerzas políticas antagonistas, ha traído consigo un incremento en la polarización social y la inestabilidad política a lo largo de Occidente. Mientras tanto, y a pesar de que la división entre el Norte y Sur globales es todavía una fuente de desigualdad, China ha conseguido usar la globalización en su propio beneficio, y no sólo en términos económicos. Lejos de convertirse en un país dominado por Occidente como consecuencia de su participación en el proceso globalizador, China ya está en proceso de cerrar su brecha militar y tecnológica con Estados Unidos, y además ha comenzado a desafiar los principios ideológicos del orden liberal internacional -liderado por Estados Unidos- que son incompatibles con su régimen político, especialmente aquellos relacionados con la promoción de la democracia y del concepto occidental de derechos humanos.

La globalización no ha convertido a China en una entidad dominada por Occidente. Por el contrario, la ha fortalecido. ¿Pero ha sido a costa de ceder su propia idiosincrasia en favor de la dominación cultural occidental? Tampoco parece este el caso. De hecho, ésta es una característica común en todos aquellos países que han sido expuestos a la globalización: aunque han incorporado nuevos elementos culturales, éstos se han fusionado con la idiosincrasia local como parte de un proceso de mezcla cultural.

Más que un tsunami que destruye toda forma de tradición a su paso, la globalización es más bien un arroyo que da forma a la orografía cultural situada alrededor de su cauce, dando lugar a fenómenos de hibridación y fusión. La metáfora de la globalización como un pequeño río fue acuñada por Anna Tsing (2000: 327): “imagina un arroyo que atraviesa una ladera. A medida que el agua se precipita hacia abajo, talla la roca y mueve la grava; deposita el limo en los giros lentos; cambia de curso y rompe los diques de tierra tras una tormenta repentina. A medida que el arroyo fluye, hace y rehace sus canales”. En este sentido, la globalización se combina con los entornos locales y da lugar a ensamblajes globales que no son resultado de homogeneización o choque entre diferentes culturas, sino de hibridación. En palabras de Stephen J. Collier y Aihwa Ong (2005: 4), estos ensamblajes globales “definen las nuevas relaciones materiales, colectivas y discursivas”. China es actualmente el segundo país del mundo con mayor número de restaurantes McDonald’s en el mundo con un total de 3790 establecimientos (Statista, 2021), pero sus productos han tenido que adaptarse a los gustos locales (por ejemplo en lo relativo a los sabores picantes) y congraciarse con la mentalidad de la población china, presentando la franquicia como una cadena de restaurantes occidentales para clientes con un poder

adquisitivo intermedio. Mientras tanto, la introducción de esta compañía extranjera en el país tuvo lugar bajo el liderazgo del Partido Comunista de China con el objetivo de proporcionar un servicio culinario a una sociedad que percibe esos productos como exóticos, y que no por ello ha abandonado su idiosincrasia cultural.

La apertura de China al resto del mundo y la globalización han permitido a los ciudadanos chinos aumentar su conocimiento sobre el exterior, así como viajar a destinos lejanos y tener acceso a una creciente variedad de productos culturales occidentales. Pero paradójicamente, el crecimiento económico sostenido y la mejora de la calidad de vida también han incrementado el orgullo de pertenecer a una nación cada vez más fuerte, dando como resultado la recuperación de antiguas tradiciones. Por ejemplo, mientras que el gobierno central promueve como valores alternativos no occidentales aquellas ideas confucianas que fueron duramente criticadas durante la etapa maoísta, a nivel popular ha emergido el llamado *movimiento Hanfu*, que defiende la recuperación de la vestimenta anterior a la dinastía Qing que era representativa de los chinos Han (Wu, 2019). Además, la globalización ha demostrado ser un proceso bidireccional, favoreciendo la diseminación de la cultura china en el extranjero. Como resultado, el número de estudiantes extranjeros de idioma chino superó los 100 millones de personas en el 2017, según la Oficina del Consejo Internacional de la Lengua China (Chai y Wang, 2017). En definitiva, todo parece indicar que China consiguió surcar con éxito las aguas de la globalización.

CONCLUSIÓN

¿Qué tiene en común la respuesta occidental al Covid19 con la política estadounidense hacia China durante las últimas cuatro décadas, que situó en la cúspide del sistema internacional a un formidable competidor y rival? La adopción de decisiones políticas que han resultado contraproducentes porque estaban basadas en premisas erróneas. Durante los dos meses siguientes a la aparición del Covid19 en Wuhan, los gobiernos occidentales fueron incapaces de adoptar medidas preventivas para evitar la posible expansión del virus en su territorio, a pesar de las imágenes impactantes que venían de aquella ciudad. Un injustificado sentido de invulnerabilidad combinado con una falta de conocimiento sobre la realidad china causó estragos en un occidente estático. Que los líderes políticos en Europa y Estados Unidos hubieran adoptado decisiones distintas de haber sabido que la legitimidad de carácter económico, que tan en peligro se ponía ante los estrictos confinamientos impuestos en la

provincia de Hubei, era una parte inseparable del régimen político chino, es un contrafactual que desafortunadamente será imposible de corroborar. Pero sí parece indicar hasta qué punto la falta de conocimiento sobre un país clave en el ámbito político internacional de un mundo cada vez más globalizado puede tener consecuencias nefastas sobre el mismísimo proceso político de toma de decisiones. Y tal y como este artículo ha afirmado, las premisas erróneas sobre China han ido más allá de los círculos políticos: el ascenso de este país también ha desafiado algunas de las principales teorías en el ámbito de las ciencias políticas y sociales.

En el campo de las Relaciones Internacionales, la relación de Occidente con China durante la última década ha demostrado la importancia de las ideas en el comportamiento internacional de los estados, un aspecto que era pasado por alto tanto por el neorrealismo como por el liberalismo, los dos principales paradigmas de la disciplina durante décadas. Un “nuevo pensamiento” sobre China parece estar emergiendo en Occidente, según el cual el país asiático es cada vez más visto desde la óptica del riesgo a la seguridad. Además, la heterogénea relación de los países europeos con China demuestra la importancia de la política nacional en las relaciones internacionales, a pesar de que su papel sea a menudo subestimado por los académicos neorrealistas, mientras que el giro negativo en la relación de China con Estados Unidos y algunos países europeos indica que los estados no sólo prestan atención a la obtención de ganancias absolutas, y que una mayor interdependencia económica no necesariamente da lugar a unas relaciones bilaterales más positivas, como se presupone en ocasiones por parte del paradigma liberal.

El ascenso de China también ha supuesto un desafío formidable a las teorías de la democratización, reflejando el limitado poder explicativo de aquellos estudios basados en enfoques estructuralistas y deterministas que tienden a pasar por alto la agencia de los actores políticos. La adopción de la democracia liberal no ha sido, al menos de momento, una inevitabilidad histórica, sin importar lo mucho que se pueda fundamentar en explicaciones que apelen al crecimiento económico o al *zeitgeist*, que es una expresión alemana que podría traducirse como el “espíritu del tiempo” y hace referencia al clima de opinión imperante en un determinado momento. La democratización ocurre como consecuencia no sólo de las condiciones estructurales afrontadas por los actores políticos, sino también de las acciones de éstos. Por consiguiente, factores como la fortaleza de las fuerzas de la oposición, así como la voluntad de la élite política de mantener el régimen político existente también deben ser incluidos en la ecuación. Esta realidad fue pasada por alto por parte de las autoridades políticas estadounidenses

durante las últimas cuatro décadas de relación colaborativa con China. Mientras que éstos creían que la cooperación económica con China haría que la creciente clase media del país asiático presionaría en favor de la democracia liberal, lo que han acabado consiguiendo ha sido situar en la cumbre del sistema internacional a un país cuyo régimen político tiene unos valores ideológicos completamente distintos, y que ya está socavando la posición internacional de Estados Unidos y el mismo orden liberal internacional.

Finalmente, el impacto de la globalización en China ha estado lejos de ser un tsunami que haya arrasado con su idiosincrasia cultural, o una herramienta de dominación occidental que ha obligado a China a pasar bajo las horcas caudinas de una nueva era de humillación. Por el contrario, su creciente interconexión con el resto del mundo ha permitido a China cerrar cada vez más la brecha con Estados Unidos en términos de poder económico, tecnológico y militar. Y su cultura no ha desaparecido por el camino. De hecho, la apertura de China al resto del mundo ha estado acompañada de un resurgir del confucianismo, presentado por las autoridades locales como una alternativa a los valores occidentales, y más recientemente, de la recuperación del Hanfu por parte de las generaciones más jóvenes.

En definitiva, la extrapolación genérica de determinadas teorías en el ámbito de las ciencias políticas y sociales no siempre produce resultados satisfactorios, tal y como el caso de China ha demostrado. El indispensable conocimiento de dichas teorías debe ir necesariamente acompañado de un entendimiento de las condiciones locales del país a analizar. En este sentido, en un mundo cada vez más interconectado, un mayor conocimiento mutuo entre Occidente y China resulta indispensable. Que ello vaya a ser posible, teniendo en cuenta el deterioro de la relación entre ambos lados, es algo que todavía está por ver.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHARYA, A. y BUZAN, B. (2019): *The Making of Global International Relations: Origins and Evolution of IR at its Centenary*, Cambridge, Cambridge University Press.
- AKAMATSU, K. (1962): "A Historical Pattern of Economic Growth in Developing Countries", *The Developing Economies*, 1(1), pp. 3-25.
- ANTONIO, R. J. y BONANNO, A. (2000): "A New Global Capitalism? From "Americanism and Fordism" to "Americanization-Globalization"", *American Studies*, 41(2/3), pp. 33-77.

- BERLIN, I. (1953): *The Hedgehog and the Fox: an essay on Tolstoy 's view of History*, Nueva York, Simon & Schuster.
- CHAI, R. y WANG, Z. (2017): “Quánqiú xuéxí shìyòng hànyǔ rénsù yǐ chāo 1 yì: Hàiwài hànyǔ jiàoxué xiàng dīlíng huà fāzhǎn”, *The Paper*. Consulta: 2 de junio del 2021 (https://www.thepaper.cn/newsDetail_forward_1842377).
- CHASE-DUNN, C. y GRIMES, P. (1995): “World-Systems Analysis”, *Annual Review of Sociology*, 21, pp. 387-417.
- COLLIER, S. J. y ONG, A. (2005): “Global Assemblages, Anthropological Problems”, en *Global Assemblages: Technology, Politics, and Ethics as Anthropological Problems*, editado por A. Ong y S. J. Collier, Oxford, Blackwell Publishing Ltd, pp. 3-21.
- DALLIN, A. (1992): “New Thinking in Soviet Foreign Policy”, en *New Thinking in Soviet Politics*, editado por A. Brown, Nueva York, Palgrave MacMillan, pp. 71-85.
- DEUDNEY, D. y IKENBERRY, G. J. (1999): “The Nature and Sources of Liberal International Order”, *Review of International Studies*, 25(2), pp. 179-196.
- DREZNER, D. W. (2005): “Foxes, hedgehogs, and the study of international relations”, *Foreign Policy*. Consulta: 2 de junio del 2021 (<https://foreignpolicy.com/2005/11/30/foxes-hedgehogs-and-the-study-of-international-relations/>).
- FENG, Y. (2006): “The Peaceful Transition of Power from the UK to the US”, *The Chinese Journal of International Politics*, 1(1), pp. 83-108.
- FUKUYAMA, F. (1989): “The End of History?”, *The National Interest*, 16, pp. 3-18.
- FUKUYAMA, F. (1992): *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Macmillan, Inc..
- GRIFFITHS, T. y IMRE, R. (2013): *Mass Education, Global Capital, and the World: The Theoretical Lenses of István Mészáros and Immanuel Wallerstein*, Nueva York, Palgrave MacMillan.
- HARD, M. y NEGRI, A. (2000): *Empire*, Cambridge, Harvard University Press.
- HURD, I. (2010): “Constructivism”, en *The Oxford Handbook of International Relations*, editado por C. Reus-Smit y D. Snidal, Oxford, Oxford University Press, pp. 298-316.
- INGLEHART, R. y WELZEL, C. (2009): “How Development Leads to Democracy: What We Know About Modernization Today?”, *Foreign Affairs*, 88 (2), pp. 33-48.

- KANT, I. (2006 [1795]): *Toward Perpetual Peace and Other Writings on Politics, Peace, and History*, New Haven, Yale University Press.
- KEOHANE, R. y NYE, J. (1977): *Power and Interdependence: World Politics in Transition*, Boston, Little, Brown and Company.
- KISSINGER, H. (1999): “Globalisation: America's role for the millennium”, *Independent*. Consulta: 2 de junio del 2021 (<https://www.independent.ie/irish-news/globalisation-americas-role-for-the-millennium-26135085.html>).
- LIN, C. (2006): *La Transformación del Socialismo Chino*, Barcelona, El Viejo Topo.
- LINZ, J. y STEPAN, A. (1995): *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*, Baltimore, John Hopkins University.
- LIPSET, S. M. (1959): “Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy”, *The American Political Science Review*, 53(1), pp. 69-105.
- MARX, K. (2006 [1852]): *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, Project Gutenberg.
- MEARSHEIMER, J. (2001): *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, WW Norton & Co.
- MEARSHEIMER, J. (2018): *The Great Delusion: Liberal Dreams and International Realities*, New Haven, Yale University Press.
- MOORE, B. (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Harmondsworth, Penguin University Books.
- MORGENTHAU, H. (1948): *Politics among Nations: The Struggle for Power and Peace*, Nueva York, Alfred A. Knopf.
- PAGÁN SÁNCHEZ, A. J. (2020): “El ascenso de China y la desunión del Occidente liberal”, *The Diplomat*. Consulta: 2 de junio del 2021 (<https://www.politicaexterior.com/el-ascenso-de-china-y-la-desunion-del-occidente-liberal/>).
- POMPEO, M. (2020): “Communist China and the Free World’s Future”, *U.S. Department of State*. Consulta: 2 de junio del 2021 (<https://2017-2021.state.gov/communist-china-and-the-free-worlds-future-2/index.html>).
- PRZEWORSKI, A. y LIMONGI, F. (1997): “Modernization: Theories and Facts”, *World Politics*, 49(2), pp. 155-183.

- RITZER, G. y DEAN, P. (2015): *Globalization: A Basic Text*, Oxford, John Wiley & Sons, Ltd.
- RITZER, G. y DEAN, P. (2019): *Globalization: the essentials*, Hoboken, Wiley-Blackwell, John Wiley & Sons, Ltd.
- RITZER, G. y STILLMAN, T. (2003): “Assessing McDonaldization, Americanization and Globalization”, en *Global America?: The Cultural Consequences of Globalization*, editado por U. Beck, N. Sznajder y R. Winter, Liverpool, Liverpool University Press, pp. 30-48.
- RODAO, F. (2019): *La soledad del país vulnerable*, Barcelona, Editorial Planeta.
- STATISTA (2021): “Number of McDonald’s restaurants APMEA 2020, by country”. Consulta: 2 de junio del 2021 (<https://www.statista.com/statistics/256049/mcdonalds-restaurants-in-the-emea-region/>).
- TAYLOR, P. J. (2000): “Izations of the World: Americanization, Modernization and Globalization”, en *Demystifying Globalization*, editado por C. Hay y D. Marsh, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 49-70.
- THOMPSON, M. (2019): *Authoritarian Modernism in East Asia*, Londres, Palgrave Macmillan.
- TSING, A. (2000): “The Global Situation”, *Anthropology*, 15(3), pp. 327-360.
- VIOTTI, P. y KAUPPI, M. (2012): *International Relations Theory*, New York, Longman.
- VOGEL, E. (1979): *Japan as Number One: Lessons for America*, Nueva York, Harper Colophon Books.
- WALTZ, K. (1979): *Theory of International Politics*, Massachusetts, Addison-Wesley.
- WORLD BANK (2019): “GDP (constant 2010 US\$) – China”. Consulta: 2 de junio del 2021 (<https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD?locations=CN>).
- WUCHERPFENNIG, J. y DEUTSCH, F. (2009): “Modernization and Democracy: Theories and Evidence Revisited”, *Living Reviews in Democracy*, 1, pp. 1-9.
- WU, H. (2019): “Hanfu movement sweeps China in revival of traditional culture”, *Reuters*. Consulta: 2 de junio del 2021 (<https://www.reuters.com/article/us-china-anniversary-hanfu-feature-idUSKBN1W501J>).
- XINHUA (2018): “China lifts 740 mln rural poor out of poverty since 1978”. Consulta: 2 de junio del 2021 (http://www.xinhuanet.com/english/2018-09/03/c_137441670.htm).

Recibido: 18/10/21

Aceptado: 20/11/21

Antonio José Pagán Sánchez es estudiante de doctorado en Relaciones Internacionales en la Universidad de Nankai. Sus líneas de investigación son el ascenso de China, las relaciones Europa-China, las relaciones EEUU-China, Asia Oriental y la política china. Ha publicado diferentes artículos en revistas como Relaciones Internacionales, Revista Electrónica de Estudios Internacionales o Jixi Zhongguo.